

ceguera, la seguridad, la pusilanimidad son tales que en ellas se reconoce un signo cierto de la cólera divina, del castigo que nos espera, de la ruina que amenaza á toda la Alemania. Se nos tratará como nosotros hemos tratado á los demás. Despues de muchas advertencias, el Señor nos visitará, á causa de nuestra ingratitude, de nuestra ceguedad y de nuestra falta de caridad» (1). El conde de Nassau lanzó incesantemente estos gritos de alarma, pero en vano. Al fin de sus dias, en los primeros años del siglo xvii escribió: «Todo va de mal en peor. La Alemania se perderá por su seguridad. Cuando se haya sido espectador inactivo de los males que se han podido prevenir, no habrá más remedio que una guerra sangrienta» (2). Las predicciones siniestras del conde de Nassau van á realizarse. La Reforma no perecerá, pero tampoco se salvará más que á costa de la ruina de Alemania: los protestantes sufren en el siglo xvii la pena de su inercia en el xvi.

La guerra de treinta años se anuncia, como una tempestad, por la acumulacion de nubes maléficás; el cielo está inflamado; no falta más que una chispa para que estalle el incendio. Pero al ménos en vísperas del combate y durante la lucha, ¿los protestantes se despiertan y obran? No, siempre la misma impotencia, la misma incapacidad, el mismo egoismo, y digámoslo, la misma cobardía. Envalentonados por la debilidad de sus adversarios, los católicos no se imponian reserva alguna; en plena paz, recurrían á la fuerza. Una ciudad libre, protestante, fué ocupada militarmente por el duque de Baviera, violando las leyes del imperio: los protestantes, aquellos mismos cuyos derechos eran violados, el duque de Würtemberg y el conde palatino de Neubourg, no se opusieron. En cuanto á la ciudad, se mostró muy arrogante, mientras no fué atacada, y mostró una pusilanimidad inaudita, cuando llegaron las hostilidades; habiendo mandado el jefe bávaro á los habitantes que entregasen sus armas, hasta los carniceros entregaron los cuchillos (3).

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, segunda serie, t. I, p. 261-266, 269, 271-274, 280, 442, 446; primera serie, t. VI, p. 26, 34, 323; t. V, p. 133 y sig., 433, 587.

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archivos*, segunda serie, t. II, p. 145, 156.

(3) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. V, p. 343-356.

En fin, se formó una union protestante, pero esta union deberia haberse llamado más bien *desunion*. Los príncipes luteranos permanecieron extraños á ella: ¿qué digo? no ocultaron sus simpatías por el emperador; el duque de Sajonia pidió hasta entrar en la liga católica, porque esperaba obtener el ducado de Cleves por su apostasía (1). En cuanto á los príncipes calvinistas, eran tan débiles, tan irresolutos como los luteranos. En el momento mismo en que estalló la terrible guerra de los treinta años por la insurreccion de la Bohemia, los electores se reunieron para elegir un emperador. Fernando, á quien su nacimiento y los deseos de los católicos llamaban á aquella alta dignidad, era el instrumento fanático de los jesuitas; sus sentimientos y sus designios no eran un secreto para nadie: la restauracion violenta del catolicismo en Austria, anunciaba lo que haria siendo emperador. La prudencia más sencilla debia decir á los luteranos y á los calvinistas que no se debia dar la corona imperial á un príncipe que era el jefe de sus enemigos. Sin embargo, no hubo ni siquiera una tentativa para elegir un emperador protestante. Esto hubiese sido una revolucion, es verdad, pero esta revolucion hubiera evitado los horrores de la guerra de los treinta años. Lamentos estériles, preciso es confesarlo. No habia ni un hombre en el partido protestante que estuviese á la altura de las circunstancias. Los electores dieron su voto á Fernando. Por ciego que fuese su fanatismo, el príncipe austriaco era infinitamente superior á los príncipes protestantes; al ménos, sabía lo que queria, y marchaba á su objeto con resolucion.

El dia en que Fernando fué elegido emperador, se supo en Francfort que los Bohemios le habian destronado y que el elector palatino era rey de Bohemia. Así, pues, la guerra de los treinta años se inauguró por una revolucion contra la casa de Austria. Si los protestantes hubiesen estado unidos, hubieran roto para siempre el poder de aquella familia cuyo fanatismo iba á sumir á la Alemania en los horrores de una guerra espantosa. Jamas se ha encontrado ningun príncipe en una posicion más crítica que Fernando á su advenimiento al trono. Sus estados hereditarios

(1) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. V, p. 372-373.

estaban en plena insurrección; la mayor parte de la Hungría estaba en poder de Bethlem Gabor; los rebeldes amenazaban á Viena. Fernando estaba en el último trance; nada lo prueba mejor que la carta que escribió al papa. El, el discípulo de los jesuitas, el jefe de la reacción católica, el que había hecho voto en Nuestra Señora de Loreto de exterminar á los protestantes, pidió que el soberano pontífice le autorizase para conceder la libertad religiosa al archiducado de Austria. Era un verdadero grito de angustia: «Vea vuestra Santidad si, en el estado desesperado en que se encuentran los asuntos, no vale más relajar un poco el rigor á exponerse á perderlo todo, hasta el catolicismo, en el caso de que los habitantes del archiducado se uniesen á los demás rebeldes» (1). ¿Cómo se aprovecharon los protestantes de estas circunstancias tan propicias para ellos?

El elector palatino, rey de Bohemia, reunió la Union en Nuremberg; hubo una gran reunión de príncipes, pero les faltaba tanto la energía como la inteligencia de la situación. Reprodujeron por la milésima vez sus agravios religiosos, con la esperanza de que Su Majestad Imperial les hiciese justicia. Los príncipes protestantes no parecían conocer que el medio de obtener justicia era obligar al emperador. Ahora bien, la ocasión se presentaba; era preciso sostener al rey de Bohemia. Pero, lejos de apoyarle, las deliberaciones condujeron á una decisión que equivalía al abandono del desgraciado elector: «Se socorrerá á los miembros de la Union, principalmente si se ven atacados en sus estados hereditarios.» Por lo demás, ninguna medida para preparar este socorro hipotético (2). La antigua animosidad de los luteranos y de los calvinistas desempeñó su papel en esta inexcusable apatía: la facultad de teología de Tubinga manifestó al duque de Wurtemberg que no sacrificase su dinero y sus soldados en favor de los luteranos, puesto que eran más intolerantes para con los calvinistas que los católicos mismos. Es demasiado cierto que la

(1) SENKENBERG, *Geschichte des deutschen Reichs im XVII^{ten} Jahrhundert* (Prólogo, p. LIV).

(2) KHEVENHILLER, *Annales*, t. IX, p. 635-639. — A. MENZEL, t. VI, p. 356-363.

intolerancia luterana llegaba á un grado increíble. Oigamos al famoso *Hoë de Hoënegg*: «Tomar las armas por los calvinistas, sería afiliarse bajo las banderas de Satanás. Se dice que debemos morir por nuestros hermanos; pero los calvinistas no son nuestros hermanos; tanto valdria sacrificarse á sí y á sus hijos á Moloch. Los calvinistas son los enemigos de Dios, y la Sagrada Escritura dice que se debe aborrecer á los que aborrecen á Dios» (1).

Era difícil llevar más lejos el abandono de los grandes intereses de la Reforma y el abandono de sí mismo. Sin embargo, hubo un príncipe protestante que hizo más todavía. El elector de Sajonia pasaba por ser el jefe del protestantismo; un príncipe de su casa abrazó el partido de Lutero contra el papa y el emperador: otro príncipe Sajon, después de haber hecho traición á la causa de la Reforma, la había salvado haciendo traición á Carlos V. ¿Qué hizo el duque de Sajonia en el momento solemne en que empezó la lucha sangrienta del protestantismo y del catolicismo en Alemania? Su predicador, *Hoë de Hoënegg*, era por decirlo así el papa del luteranismo. Ahora bien, los Bohemios habían tenido la desgracia de herir el orgullo del pontífice luterano, tan irritable como el obispo infalible de Roma; de aquí un odio á muerte. El elector de Sajonia respondió á los enviados de Bohemia que siempre tendria sus simpatías la causa de la confesión verdadera de Augsburgo. No veía que el interés de todas las fracciones del protestantismo exigía una union íntima contra el enemigo comun. Había también por medio una pequeña ambición; el emperador le hizo entrever la posesión de la Lusacia; esto decidió al elector. Sin embargo, le quedaba un escrúpulo. Se había apoderado de varios obispados, violando el famoso *reservatum ecclesiasticum* de la paz de Augsburgo; en derecho, pensaba con el emperador que los protestantes estaban en su error, pero no estaba conforme con que se le aplicase la ley y se le obligase á restituir los bienes que había usurpado. Los católicos dieron satisfacción á la ambición del duque de Sajonia; le prometieron que no se recurriría á la violencia para quitarle sus obispados. Inmediata-

(1) HELBIG, *der Prager Friede* (RAUMER, *Taschenbuch*, 1858, p. 579).

mente vióse al jefe del protestantismo alemán hacer alianza con Fernando el Católico.

No se le escatimaron las advertencias. El landgrave Mauricio de Hesse-Cassel llamó su atención sobre el peligro que resultaría de esta alianza para la fe evangélica: «El Pontificado, dice, pretende la destrucción del protestantismo; si el elector cree que se librará de la ruina común, se equivoca grandemente; cuando con su apoyo se haya vencido á los protestantes, los vencedores se volverán contra él.» La cosa era clara como el día para aquel que quisiera abrir los ojos. ¿Qué respondió el elector? «Que Fernando no pelia más que la paz, y que no pensaba en destruir la Reforma.» La predicción del landgrave no tardó en realizarse. Después de la derrota del rey de Bohemia, los luteranos fueron expulsados y perseguidos lo mismo que los calvinistas. El elector se lamentó de ello en actos oficiales; pero si hemos de creer al cardenal *Caraffa*, aquellas protestas no eran más que para salvar las apariencias. Los hechos probaron bien pronto que el legado no había calumniado al jefe de los luteranos; en cuanto se le dió en prenda la Lusacia, aprobó la deposición del elector palatino, y la trasmisión de la corona electoral al duque de Baviera (1).

Cuando el elector palatino, el desgraciado *rey de invierno* sucumbió, el protestantismo no encontró más campeones que algunos heroicos aventureros. Fue preciso que el extranjero interviniese. Así, pues, desde el origen de la guerra de los treinta años fué necesaria la intervención extranjera por la inercia de aquellos que hubieran debido tomar sobre sí la defensa del protestantismo; aun cuando no fuese más que por interés personal, porque la causa de los príncipes protestantes de Alemania se confundía con la de la Reforma. El rey de Dinamarca, que fué el primero que entró en la liza, encontró poco apoyo en Alemania; al primer revés que experimentó, los príncipes que se habían pronunciado por él se apresuraron á abandonarle. Oigamos al analista de la guerra de los treinta años, al conde de *Khevenhüller*; dice ingenuamente: «El duque de Brunswick, viendo que la fortuna era contraria al

(1) KHEVENHILLER, *Annales*, t. IX, p. 842-848, 1657 y sig.—A. MENZEL, t. VI, p. 437-447; t. VII, p. 85-93.

rey y que los asuntos acabarían mal, se arregló con el emperador.» La mayor parte de los Estados del Círculo de Baja-Sajonia siguieron este noble ejemplo (1). Esto sucedía ya ántes de la batalla de Lutter. La victoria de Fernando II puso la Alemania entera á su discreción. En lugar de levantarse contra el insolente vencedor, los príncipes protestantes bajaron la cabeza ante la fuerza y rivalizaron en abyección. El edicto que les obligaba á restituir los bienes eclesiásticos, lejos de reanimar su valor los llenó de terror. No se atrevieron ni aun á manifestar su descontento; ¿qué digo? ¡se deshicieron en bajas alabanzas del invencible emperador! Algunos hombres de corazón creyeron que hubiese sido mejor acudir á las armas que adular á Fernando; se les respondió con la máxima vulgar que sirve para excusar todas las cobardías, que era preciso obedecer las órdenes de la autoridad superior (2).

Un héroe, enviado por Dios, volvió á enarbolar la bandera de la Reforma. ¿Quién no había de creer que los protestantes hollados, despojados, amenazados en su fe, en su independencia, iban á correr ante su libertador? Gustavo Adolfo no encontró más que enemigos en Alemania, aun entre aquellos mismos á quienes acababa de emancipar de la servidumbre; los electores protestantes se unieron á los electores católicos y al emperador, para tratarle como enemigo del Imperio (3). Aunque abandonado á sí mismo, el rey de Suecia salió victorioso; ¿van á dar sus victorias ánimo al partido protestante? Los príncipes despertaron, en efecto, de su sueño de muerte, pero en lugar de ser terribles con el enemigo, se cubrieron de ridículo. Su única preocupación era el edicto de restitución; se dirigieron al elector de Sajonia y le volvieron á manifestar que su interés estaba igualmente en peligro. El elector se negó por mucho tiempo á escucharlos; los remitió á Fernando, diciendo que debían esperar la satisfacción de sus agravios de la justicia del emperador. En fin, se decidió á convocar á los príncipes protestantes en Leipzig. Tratóse de los males

(1) KHEVENHILLER, *Annales*, t. X, p. 1224, 1226.

(2) *Die hohe Obrigkeit!* (A. MENZEL, t. VII, p. 199).

(3) CHERMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. I, p. 95.

intolerables de la guerra, de la violacion de todos los derechos, de todos los privilegios y de las espoliaciones que habian seguido al edicto de restitucion. Despues de aquellas vulgares jeremiadas, fué preciso tomar resoluciones. Gustavo Adolfo habia anunciado sus triunfos á los príncipes alemanes, á fin de darles ánimo. Decidieron que tratarian ante todo de entenderse amistosamente con los príncipes católicos: ¡y la guerra era una lucha á muerte del catolicismo con el protestantismo! Pidieron la revocacion del edicto de restitucion, y Fernando acababa de declarar que no lo revocaria jamas. Reclamaron la proteccion imperial contra las horribles exacciones del ejército, y aquel ejército que arruinaba la Alemania era el ejército del emperador. Para colmo del ridículo, el elector de Sajonia escribió largas epístolas á la asamblea, en las que hablaba de su celo bien conocido por la verdadera religion y de su indomable valor! Es preciso creer que los príncipes alemanes tuvieron miedo de las medidas revolucionarias que acababan de decretar, porque se apresuraron á protestar de que no iban dirigidas contra el emperador, que conservaban hácia su jefe el respeto y la obediencia que le debian (1). A la verdad, los jesuitas tuvieron razon en reirse «de los principillos, de sus pequeñas reuniones, de sus más pequeñas aún deliberaciones, y de sus tontas decisiones» (2).

Gustavo Adolfo no se desanimó; entabló negociaciones con los príncipes protestantes, para atraerlos á su causa y para obtener de ellos, ya que no una alianza declarada, al ménos un concurso secreto. El elector de Sajonia, sin rechazar sus ofertas, le respondió con una tontería increíble: queria ser el amigo de Gustavo Adolfo, pero sin ser enemigo del emperador (3). Por fin, la fuerza de las cosas le llevó á firmar un tratado de alianza. Pero el duque de Sajonia no estaba unido al rey de Sue-

(1) CHEMNITZ, *der grosse schwedische Krieg*, t. I, p. 100, 133-136.—KHEVENHILLER, *Annales*, t. XI, p. 1561-1567, 1530.

(2) «Die armen lutherischen Fürstlein.—Walten zu Leipzig ein Conventlein. Wer ist dabei? Anderthalb Fürstlein.—Was wollen sie anfangen? Ein klein Krieglein.....» (RAUMER, *Geschichte Europa's seit dem XVten Jahrhundert*, t. III, p. 511.)

(3) CHEMNITZ, *der schwedische Krieg*, t. I, p. 139.

cia más que bajo la presion de la necesidad. En cuanto el héroe sueco sucumbió en los campos de Lutzen, el miserable príncipe negoció con el Austria. La paz de Praga es una vergüenza para el elector, es una vergüenza para todos los príncipes protestantes. En cuanto al duque, no pensó más que en asegurar sus intereses. Para conseguir la Lusacia, tan ardientemente codiciada, sacrificó á los reformados; consumó la ruina del príncipe palatino, no estipulando para aquel que habia sido rey de Bohemia más que una pension, y ésta á condicion de que se humillase ante el emperador. En cuanto á los intereses generales del protestantismo, ni se trató de ellos en la paz de Praga. El elector se excusó de haber tratado sin conocimiento de sus aliados los Suecos, invocando la salvacion de la patria alemana, desgarrada ya entónces por las hordas salvajes que componian los ejércitos de los dos partidos beligerantes (1).

Difícil nos es tomar en serio este patriotismo; por lo ménos, era un patriotismo mal entendido. Por el mero hecho de poner el imperio á merced de Fernando, el elector vendia la patria alemana, porque no habia independencia ni libertad posible para la Alemania sin garantías religiosas. El duque de Sajonia hizo traicion juntamente á sus aliados y á la causa del protestantismo. El edicto de restitucion fué simplemente suspendido; por lo demas, las causas que habian dado origen á la guerra subsistieron; diríase que la paz sólo tenia por objeto perpetuar la lucha. Verdad es que éstos eran los designios católicos (2). Todo lo que puede decirse para atenuar la falta del príncipe sajón, es que no es el único culpable al tratar con el Austria: era el órgano de los mezquinos sentimientos de su partido. El convenio de Praga fué acogido como un beneficio para todos los príncipes protestantes, por más de que estuviesen prevenidos por la Francia de que las concesiones aparentes del emperador eran un engaño católico (3). Un solo

(1) KHEVENHILLER, *Annales*, t. XII, p. 1725, 1740.

(2) En una carta de un jesuita de Colonia se lee: «*Latet ubique anguis in herba: nihil concessum, nihil conclusum, quod a nostris non fuerit ponderatum et in recessu aliquid non habeat.*» (HELBIG, *der Prager Friede*, en RAUMER, *Taschenbuch*, 1858, p. 605.)

(3) La carta del jesuita de Colonia cayó en manos de los Franceses, quienes la comunicaron al duque de Sajonia. (Véase la nota anterior.)

hombre se resistió á las seductoras ofertas de Fernando, Bernardo de Sajonia-Weimar, pero era un príncipe sin estados (1).

La paz de Praga eternizaba la guerra. Pero ¿quién iba á sostener la lucha, cuándo los príncipes alemanes abandonaban su propia causa? Por sí sola la Suiza era impotente; la sangrienta derrota de Norlingen vino, si no á destruir su poder, al ménos á quitar el prestigio á sus armas. El protestantismo seguía, pues, comprometido. Esto es tan cierto, que el gran canciller Oxenstiern, aquel hombre más orgulloso que un rey, estaba pronto á tratar, renunciando á todas las conquistas de Gustavo Adolfo, y contentándose con una indemnización por gastos de guerra. La Suecia se vió obligada á sufrir las leyes de Richelieu. Por consiguiente, nuevo llamamiento, nuevos combates, hasta que la casa de Austria, en el último trance, consintió en reconocer la paz de Westphalia, al mismo tiempo que se vió obligada á abdicar la ambición de la monarquía universal.

La Reforma se ha salvado; su existencia queda garantida por un tratado solemne, base de la constitución política de la Europa; pero ¿quién la ha salvado? No son los protestantes de Alemania; han hecho todo lo posible por hacer traición á su causa y arruinarla; son dos hombres de genio, Gustavo Adolfo y Richelieu, principalmente el héroe sueco. Las preocupaciones de Richelieu eran completamente políticas; príncipe de la Iglesia romana, no podía tener simpatía alguna por el protestantismo y no veía en él más que un instrumento para debilitar la casa de Austria y la Alemania. Gustavo Adolfo tenía el corazón más grande que el ministro francés; á él le corresponde la gloria de haber combatido por la Reforma, cuando su ruina era inminente. El mismo dice que intervino en la lucha por salvar el protestantismo, y por socorrer á sus hermanos que gemían hacía tanto tiempo bajo la tiranía del Austria; el primer tratado que celebró determinó que la alianza se hacía en defensa de la religión (2). Gustavo Adolfo era digno de esta elevada misión. No había en él nada de aquella mezquina intolerancia que distingue á los protestantes de Alema-

(1) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VIII, p. 1-3.
 (2) CHEMNITZ, *der grosse schwedische Krieg*, t. I, p. 61, 64.

nia; el guerrero no dejaba lugar al sectario; y sin embargo, era profundamente religioso. Al pisar el suelo alemán, se arrodilló y oró; á los oficiales que le rodeaban les dijo: «La oración ayuda á combatir; orar bien, es alcanzar media victoria» (1). ¡Qué distancia hay entre el rey de Suecia y Fernando! El César austriaco señaló todas sus victorias con un aumento de intolerancia; expulsó á los protestantes, sus propios súbditos, que los dragones no conseguían convertir; no concebía más que una sola forma religiosa, la del catolicismo romano; hacía consistir su caridad en exterminar á todos aquellos que se negaban á adorar la Virgen, los santos y las reliquias. Gustavo Adolfo, educado en las mezquinas ideas de una iglesia tan intolerante como el catolicismo, admiró y escandalizó á sus amigos de Alemania, asistiendo á misa. Trató con una rara indulgencia á sus mayores enemigos, los frailes, incluso los jesuitas (2). Los protestantes no comprendían al héroe del Norte; los historiadores modernos tampoco lo comprenden, cuando atribuyen á cálculos políticos sentimientos que eran el instinto del genio. Hay un rasgo que le caracteriza admirablemente; se hizo amar lo mismo de los católicos que de los protestantes, y los cronistas contemporáneos le son igualmente favorables, sea cualquiera el partido á que pertenezcan. La religión de Gustavo Adolfo es la religión del porvenir, la religión de la humanidad; descuellan sobre las confesiones y sus rencorosas rivalidades. Conquistador de la raza de los Césares y de los Alejandro, viene á unir á los hombres, y no á separarlos.

Sucede de ordinario, que los salvadores son rechazados hasta por aquellos á quienes vienen á salvar. Los escritores alemanes acusan á porfía la ambición del rey de Suecia y los excesos de sus soldados. Olvidan que la ambición es el móvil de las grandes acciones; si Gustavo Adolfo no hubiese sido ambicioso, hubiera permanecido quieto en su reino, y en ese caso, ¿qué hubiese sido del protestantismo? En cuanto á las crueldades, que hacen de la guerra de los treinta años la más espantosa de todas las guerras,

(1) CHEMNITZ, t. I, p. 55.—KHEVENHILLER, *Annales*, t. XI, p. 1306.

(2) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VII, p. 338.—SUGENHEIM, *Geschichte der Jesuiten in Deutschland*, t. II, p. 78, 80.

no es responsable el héroe sueco: tal vez él fué el único que se mostró humano en aquella lucha de bárbaros y salvajes. Cuando está desencadenada la fuerza, son inevitables los excesos. Había un medio de prevenir la guerra de los treinta años y de evitar á la Alemania la ruina y la vergüenza, y era luchar, cuando áun era tiempo, por la causa de la Reforma, asegurarla por medios pacíficos, ó si era preciso por la guerra, uniendo las fuerzas de los protestantes contra la invasion del catolicismo. En lugar de esto, los protestantes de Alemania se desgarraron por divisiones intestinas, y emplearon su energía en disputas teológicas. Sin embargo, la Reforma, que comprometían por su ceguedad y su inercia, debía triunfar, puesto que en los designios de Dios era un paso hacia la religion del porvenir. No pudiendo vencer por los caminos regulares de un progreso continuo, fueron precisas revoluciones y guerras para asegurar su triunfo. ¿A quién debe acusarse de los males que necesariamente acompañan á estas violentas conmociones? Si hay culpables, lo son los que hubieran podido prevenir las revoluciones, no los que las hacen.

§ III.—El catolicismo y la guerra de los treinta años.

La guerra de los treinta años salvó á la Reforma en Alemania y en toda la cristiandad; por esto mismo detuvo la reaccion católica. Hay historiadores que niegan que la sangrienta lucha del siglo xvii haya sido religiosa; esto es negar la luz del sol. ¿No es en nombre de la religion como empezaron las hostilidades? Los contemporáneos no pensaban en negarlo (1), pero como sucede siempre, cada uno de los dos partidos trataba de hacer al otro responsable de las desgracias de la guerra. La intolerancia de la casa de Austria, decían los protestantes, es quien llevó la Bohe-

(1) El *Theatrum Europaeum* (t. I, p. 3) dice que la guerra de los treinta años fué una guerra de religion.

mia á la insurreccion (1). La herejía es, dice el cardenal *Caraffa*, quien encendió la revolucion (2). Religiosa en su principio, la lucha siguió siendo religiosa hasta el fin, por más que se hayan mezclado intereses políticos con la religion, y áun muchas veces la hayan dominado. La guerra de los treinta años es el combate supremo del protestantismo y del catolicismo. En el siglo xvi el Papa le atacó por medio de las armas en Francia, en Inglaterra, en los Países Bajos; en todas partes el protestantismo fué vencedor. Para destruirlo, el Pontificado trató de ahogarlo en su cuna.

Hemos seguido el movimiento de la reaccion católica en Alemania; hemos visto que Fernando II negó que tuviese el proyecto de destruir la Reforma, pero el discípulo ciego de los jesuitas no podia tener otros designios que los de sus maestros; ahora bien, el partido ultramontano queria un combate á muerte; hé aquí por qué, como diremos más adelante, se opuso á todas las tentativas de pacificacion. El fanatismo de aquellos hombres era tal, que los horrores de una lucha que espantó á la posteridad les parecían una bendicion divina. No exageramos: oigamos al cardenal-legado *Caraffa*. Despues de las primeras victorias de la casa de Austria, escribió que la guerra era un instrumento en manos de Dios para restablecer el catolicismo: «Jamás, dice, las poblaciones de la Bohemia hubieran vuelto á la fe, si por un admirable designio de la Providencia, no se hubiesen sublevado; la sublevacion dió al emperador la victoria y la ocasion de restaurar la verdadera religion» (3). Fernando fué en esta ocasion, como en todas, de la opinion de los jesuitas que dirigian ó más bien cegaban su conciencia (4). «Dios mismo, dice, ha conducido á los

(1) Declaracion de los Estados de Silesia de 12 de Octubre de 1618: «*Dass die in Böhmen entstandene Unruhe aus nichts anders als aus der Religion herrühre.*» (KHEVENHILLER, t. IX, p. 175.)

(2) CARAFFA, *Germania sacra*, p. 3.

(3) CARAFFA, *Germania sacra*, p. 283.

(4) En 1618 un jesuita de Passau escribió al reverendo Lamormain: «*Deus det nostris principibus bonum animum. Nunquam erat major occasio eripiendi Bohemis omnia privilegia, quæ sunt in detrimentum religionis, Literas Majestatis, et recuperandi templa.*» (*Theatrum Europaeum*, t. I, p. 43.)